

¿Amor a la vida?

La polifacética doble moral de nuestra sociedad

Wolfgang Fischer

El modelo holandés de la eutanasia activa saca a los guardianes de la moral de sus casillas. En lugar de aprovechar la ocasión para tratar abiertamente el tema del morir de un modo humano al margen de la medicina, polemizan los actuales fariseos a voz en grito y enfurecidos.

Si bien en vistas a la eutanasia activa legalizada en Holanda hace que la presente discusión sea muy controvertida, no debe pasársenos por alto hasta qué punto puede llegar a ser acuciante la necesidad de un acto de empatía frente al dolor humano en vísperas de la muerte.

A este respecto el que la "inyección letal" deba autorizarse o no es una cuestión harto dudosa ya por el mero hecho de concentrarse toda la atención en ella, ya que las vías naturales del acto de morir se ignoran constantemente. A las personas que desean profundamente morir, que han expresado este deseo en un documento escrito y se niegan a tomar alimento y bebida, no debería seguir administrándoseles forzosamente alimentos e infusiones en el momento en que hayan entrado en coma; actuar de un modo contrario es actuar contra la dignidad humana. Tan natural como es aliviar el dolor por vía medicamentosa, debería aceptarse con toda serenidad el deseo de morir expreso de los enfermos desahuciados.

Por amor a la vida hemos de aceptar también el dolor y la inseguridad en el último trayecto de nuestra vida mortal. Este es un reto cultural y vital del que nos hemos desentendido con harta facilidad.

Un acto de gracia que se ha considerado siempre de lo más natural frente a los animales domésticos o cualesquiera tipo de animales se niega a las personas e incluso se considera nocivo para las culturas... ¡y ello con pésimos argumentos escolásticos!

Un requisito para ayudar a bien morir considerando que la muerte en tanto final de la vida es tan natural como la vida misma y poder acompañar así a nuestros semejantes en esta última etapa del camino, consiste en una cultura verdaderamente amante y promotora de la vida que hemos de crear entre todos.

Los comentarios actuales van desde expresiones como "inaudita soberbia" y "ruptura con los valores culturales" hasta "el final de nuestra tradición cristiana y humanista". Según esta postura ayudar a morir activamente no puede conjugarse con el voto hipocrático, antes bien "Dios es Señor sobre la vida y la muerte" - así se pronuncia, por ejemplo, la Iglesia Evangélica Alemana.

La hipocresía y falsedad es esta doble moral son prácticamente insuperables.

Tengamos a este respecto en cuenta la bendición de las armas a cargo de las diferentes iglesias, la cura de almas en el ejército en tanto institución social, la industria armamentista lícita y generalmente aceptada en tanto sector económico, el reinicio de una política de confrontación belicosa a cargo del gobierno federal en contra de las leyes fundamentales alemanas, la falta de repulsa frente a la guerra a nivel internacional, las regulaciones en pro de la industria mas contra la preservación de la vida en todo lo tocante a sub-

stancias químicas nocivas, el trato de la vida humana en relación a la tecnología genética, la tecnología genética misma con sus falsas promesas... Todos estos hechos de la llamada civilización atestiguan junto a otras muchas crueldades e injusticias sistemáticas y cotidianas una cultura de grandes extensiones adoradora de la destrucción y la muerte. Consiste éste en un hecho que los representantes de los establecimientos sociales se niegan a ver. Pero el llamado mundo civilizado no es sino la esclavitud del hombre y la más desalmada explotación de la naturaleza en tanto no solamente tolere, sino que hasta se halle él mismo del lado que desprecia la vida y alaba al capital, mientras siga tolerando e incluso potenciando ese comportamiento enemigo de la naturaleza por mero afán de lucro. Este modus vivendi tan brillantemente representado no es más que una farsa.

Los valores por los que se orienta la sociedad hace mucho tiempo han dado la espalda a la naturaleza y a la vida en lugar de protegerlas y ha mutado la solidaridad en la violencia comúnmente aceptada contra la naturaleza y la vida mismas. Se practica por el contrario la protección legal de los propios intereses sin considerar en nada las consecuencias tanto sociales como ecológicas. La blasfemia de la vida moderna se entrona ya del todo en la recién iniciada era del neoliberalismo.

El amor por la vida requiere, por el contrario, una moral sin vuelta de hoja. Una verdadera revolución cultural consistiría en la clara ruptura con ese status quo de la realidad socio-política que minimiza la vida. Ya es hora de que preservemos tanto la vida como la muerte, esto es, que defendamos la dignidad de la vida y de la naturaleza oponiéndonos a los hacedores de negocios. Las intenciones del actual neoliberalismo con su desprecio y destrucción de las bases socio-ecológicas ponen de manifiesto la urgencia y necesidad con la que hemos de acometer esta labor.

La discusión en torno a este tema debería poner a debate los fundamentos reales de la vida moderna. Es hora ya de que iniciemos una "era post-civilizada"; una era del respeto verdadero a nuestro trasfondo natural, límites y dependencias; una era de la repulsa al comportamiento y costumbres antagonistas a la vida que ha tenido lugar como proceso histórico; una era, de unión con la naturaleza y amistad entre los compañeros humanos; una era de cultura efectivamente cuidadora y cultivadora en la que la justicia social y la igualdad lleguen a ser una realidad verdaderamente vivida y asumida; en fin, una era de amor a la vida en medio de nuestro planeta.

Emanzipation Humanum, Versión 05. 2001. Serán bienvenidos los comentarios críticos, las sugerencias sobre la forma o el contenido y el debate. Queda autorizada la reproducción, siempre que se respete íntegramente el texto, se cite la fuente de procedencia y se envíe un ejemplar de muestra. Será bienvenida la traducción del texto a otras lenguas. Previo acuerdo, se puede modificar y resumir el texto.